

Y en la llanura lóbrega y sombría  
Abre con su carrera acelerada  
Un surco de brillante argentería

La luna, entonces, hasta aquí velada,  
Súbita brota en el zafir desnuda,  
Brillando en alta mar: Mi alma agitada  
Pensando en Dios, la inmensidad saluda.



LIBRO II.

—

A UNA SOMBRA

—

AL PIE DEL ALTAR

TRANSEAT A ME CALIX ISTE.

Vengo á tu templo con la faz sombría  
Y con el alma enferma de pesar,  
Buscando alivio en la desgacia mía  
Junto á la yerta losa de tu altar,

Jamás te importuné con mis plegarias;  
Sufría. . . y nada te pedí, Señor:  
Yo he gemido en mis noches solitarias  
Devorando en silencio mi dolor.

—  
Pero hoy no puedo más. . . hoy sí te pido  
Que termines clemente mi sufrir;  
Un siglo de pesar mi vida ha sido,  
Es mi esperanza única, morir.

—  
No me aguarda en el mundo sino llanto,  
Misericordia, desengaño padecer,  
Eterno desamor, tenaz quebranto,  
Soledad y tristeza por do quier.

—  
Yo no tengo ya objeto en mi camino,  
La estrella de mi norte se eclipsó;  
Voy cual desierto buque sin destino,  
Que horrible temporal despedazó.

—  
Tú no querrás que viva encadenado  
A una existencia desdichada así,  
Por el triste recuerdo atomentado  
De la dulce esperanza que perdí.

Ya basta de sufrir; tras largos días  
De pesar silencioso y hondo afán,  
Siento acabarse ya las fuerzas mías,  
Secas las fuentes de mi llanto están.

—  
Tú que concedes á otros en el mundo  
Honores, bienestar, oro y poder,  
Ten compasión de mi pesar profundo,  
Concédeme la dicha de *no ser*.

—  
¿He de apagar cuál bárbaro homicida  
La luz que anima mi existir, Señor?  
Jamás lo intentaré tuya es mi vida. . .  
¡Pase de mí este cáliz de dolor!





## EN SU TUMBA

*Ut flos ante diem febilis occidit.*

---

Ayer la ví brotar fresca y lozana  
Como una flor que acarició la aurora,  
Cuando al primer albor de su mañana  
El puro cáliz de su pecho abrió.

Hoy de la muerte á la fiereza impía  
Mi pobre virgen se agostó por siempre,  
Como la débil flor que al medio día  
Sobre su tallo mústio se dobló.



PENSANDO EN ELLA

*"¿For why should we mourn  
for the blest?"*

BYRON.

---

¿Por qué tanto suspiro y duelo tanto?  
¿Por qué verter á su recuerdo el llanto;  
¡Oh, alma mía! si tus ojos ven  
Entre las nieblas del pesar profundo,  
Que un condenado hay menos en el mundo,  
Y un arcángel hay más en el Edén?

---

¿No ves cruzar la imagen de tu amada,  
Pura y feliz, la bóveda azulada  
Por do las nubes y los astros van?

Altamirano.—8.

¿No ves de tu semblante los destellos?  
 ¿Por qué afligirte entonces por aquellos  
 Que ya en la luz del paraíso están?

---

Mírala ya en el cielo: hasta su planta  
 En tus horas más lúgubres levanta  
 Tu esperanza cristiana y tu oración.  
 Y que renazcan de tu fe las flores:  
 Ella vela por tí; sufre, y no llores,  
 No llores más, mi pobre corazón.

1858



#### AL XUCHITENGO

---

¡Oh, Dios! ¿quién me diera volver á esos días  
 De goces tranquilos y sueños de amor,  
 Y allí en tus riberas azules y umbrías,  
 Dormir escuchando tu dulce rumor?

---

¡Qué pronto pasaron mis horas risueñas,  
 Mis blancas visiones, mis noches de paz!  
 ¡Qué pronto pasaron hiriendo halagüeñas  
 Mi pecho, á su paso, con dicha fugaz!

---

Tristísima invoca venturas pasadas  
 El alma doliente que gime sin fé;  
 Tristísimas buscan mi yertas miradas  
 Allí entre tus bosques al ángel que amé.

Tú fuiste de amores felices, testigo;  
Mi Carmen, tus playas ardientes pisó:  
Su voz escuchaste, tú fuiste su amigo,  
Tu linfa su imagen divina espejó.

---

Porque ella buscaba tu lecho de flores  
Que anima el aliento de un Mayo eternal,  
Y el búcaro tibio de blandos olores  
Que suave acaricia tu limpio cristal

---

¡Qué tardes hermosas allí en tus riberas;  
Qué dulce es el rayo del sol junto á tí!  
¡Qué sombras ofrecen tus verdes mangueras,  
Qué alfombras de césped se extienden allí!

---

La flor del naranjo la brisa embalsama,  
Los nardos perfuman el bosque también;  
El mirto silvestre su aroma derrama,  
Y el plátano esbelto refresca la sien.

---

¡Oh río! mi historia de dicha tú vistes,  
Allí en tus riberas borrada estará.....  
Vinieron mis tiempos borrados y tristes,  
Aquella divina mujer.....¡murió ya!

---

Tan sólo me queda la dulce memoria  
De aquel desdichado, tiernísimo amor,  
Cual vago reflejo de pálida gloria,  
Cual de astro que pasa fugaz esplendor.

---

¿Te acuerdas? yo iba las flores cogiendo  
Más frescas y puras, en pos de mi bien,  
Y ella guirnaldas hermosas tejiendo,  
Que luego adornaban su cándida sien.

---

¡Oh! si, ¡cuántas veces con rojas verbenas  
Los negros cabellos joyantes trenzó,  
Y al ver en tus linfas azules, serenas,  
Su imagen tan bella, contenta sonrió!

---

Aun nacen las rosas aquí en tus riberas,  
Aun cantan las aves sus himnos quizás,  
¡Aun todo contento respira.....y ¿mi amada?  
No puedes volvérmela, no, murió ya!

---

Sin ella, ¿qué vales, qué ofreces, oh río?  
¿Qué vale ni el mundo, ya muerto el amor?  
No busco ya sólo, tu encanto sombrío,  
¡Oh! déjame léjos, llevar mi dolor.

---

¡Oh Dios! ¿quién me diera volver á esos días  
De goces tranquilos y sueños de amor,  
Y allí en tus riberas azules y umbrías,  
Dormir escuchando tu dulce rumor?

1858.



## RECUERDOS.

(A MI MADRE)

Se oprime el corazón al recordarte,  
Madre, mi único bien, mi dulce encanto;  
Se oprime el corazón y se me parte,  
Y me abrasa los párpados el llanto.

Lejos de tí y en la orfandad, proscrito,  
Verte nomás en mi delirio anhelo;  
Como anhela el precito  
Ver los fulgores del perdido cielo.

¡Cuánto tiempo, mi madre, ha trascurrido  
Desde ese día en que la negra suerte  
Nos separó cruel! . . . . ¡Tanto he sufrido  
Desde entonces, oh Dios, tanto he perdido,  
Que siento helar mi corazón la muerte!

¿No lloras tú también ¡oh madre mía!  
 Al recordarme, al recordar el día  
 En que te dije adiós, cuando en tus brazos  
 Sollozaba infeliz al separarme,  
 Y con el seno herido, hecho pedazos,  
 Aun balbutí tu nombre al alejarme?

Debiste llorar mucho. Yo era niño  
 Y comencé á sufrir, porque al perderte  
 Perdí la dicha del primer cariño.

Después, cuando en la noche solitaria  
 Te busqué para orar, sólo vió el cielo,  
 Al murmurar mi tímida plegaria,  
 Mi profundo y callado desconsuelo.

Era una noche oscura y silenciosa,  
 Sólo cantaba el buho en la montaña;  
 Sólo gemía el viento en la espadaña  
 De la llanura triste y cenagosa.

Debajo de una encina corpulenta  
 Inmóvil entonces me postré de hinojos,  
 Y mi frente incliné calenturienta.

¡Oh! ¡cuánto pensé en tí llenos los ojos  
 De lágrimas amargas!.....la existencia!  
 Fué ya un martirio, y erial de abrojos  
 El sendero del mundo con tu ausencia.

Mi niñez pasó pronto, y se llevaba  
 Mis dulces ilusiones una á una;  
 No pudieron vivir, no me inspiraba  
 El dulce amor que protegió mi cuna.

Vino después la juventud insana,  
 Pero me halló doliente caminando,  
 Lánguido en pos de la vejez temprana,  
 Y las marchitas flores deshojando  
 Nacidas al albor de mi mañana.

Nada gocé; mi fe ya está perdida;  
 El mundo es para mí triste desierto;  
 Se extingue ya la lumbre de mi vida,  
 Y el corazón, antes feliz, ha muerto.

Me agito en la orfandad, busco un abrigo  
 Donde encontrar la dicha, la ternura  
 De los primeros días;—ni un amigo  
 Quiere partir mi negra desventura.

Todo miro al través del desconsuelo;  
 Y ni me alivia en mi dolor profundo  
 El loco goce que me ofrece el mundo,  
 Ni la esperanza que sonrío en el cielo.

Abordo ya la tumba, madre mía,  
 Me mata ya el dolor. . . . .voy á perderte,  
 Y el pobre sér que acariciaste un día  
 Presa será temprano de la muerte!



Cuando te dije adiós, era yo niño:  
Diez años hace ya; mi triste alma  
Aún siente revivir su antigua calma  
Al recordar tu celestial cariño.

Era yo bueno entonces, y mi frente  
Muy tersa aún tu ósculo encontraba. . . .  
Hace años, de dolor la reja ardiente  
Allí dos surcos sin piedad trazaba.

Envejecí en la juventud, señora;  
Que la vejez enferma se adelanta,  
Cuando temprano en el dolor se llora,  
Cuando temprano el mundo desencanta  
Y el iris de la fe se descolora

Cuando contemplo en el confín de cielo,  
En la mano apoyando la mejilla,  
Mis montañas azules, esa sierra  
Que apenas á vislumbrar mi vista alcanza,  
Díos me manda el consuelo,  
Y renace mi férvida esperanza,  
Y me inclino doblando la rodilla,  
Y adoro desde aquí la hermosa tierra  
De las altas palmeras y manglares,  
De las aves hermosas, de las flores,  
De los bravos torrentes bramadores,  
Y de los anchos ríos como mares,  
Y de la brisa tibia y perfumada  
Dó tu cabaña está mujer amada.

Ya te veré muy pronto madre mía;  
Ya te veré muy pronto, ¡Dios lo quiera!  
Y oraremos humildes ese día  
Junto á la cruz de la montaña umbría  
Como los años de mi edad primera.

Olvidaré el furor de mis pasiones  
Me volverá rientes una á una  
De la niñez las dulces ilusiones,  
El pobre techo que abrigó mi cuna.  
Reclinaré en tu hombro mi cabeza  
Escucharás mis quejas de quebranto,  
Velarás en mis horas de tristeza  
Y enjugarás las gotas de mi llanto.  
Huirán mi duda, mi doliente anhelo.  
Recuerdos de mi vida desdichada;  
Que allí estarás, ¡oh ángel de consuelo!  
Pobre madre infeliz. . . madre adorada!

México.—1858.





EN LA MUERTE DE CARMEN.

*In aeternum vale.*

¡Tanto esperar! . . . ¡tanto sufrir, y en vano!  
¡Morir las ilusiones tan temprano!  
¡Tanta oración perdida y tanto afán!  
Así después de bárbaras fatigas,  
Ve el labrador quebrarse sus espigas  
Al soplo destructor del huracán!

¿Conque es verdad, Señor? Después de tanto  
Suspirar por un bien, en el quebranto  
De mi lánguida y mísera niñez,  
Cuando una dicha me aparece apenas,  
De Tántalo al martirio me condenas  
Y te enfureces contra mí otra vez?

¿Qué te hecho yo criatura desdichada  
Que arrastro una existencia envenenada  
Por el amargo filtro del dolor;

Para que tú, Dios grande omnipotente,  
Así descargues en mi débil frente  
Los golpes sin cesar de tu furor?

—  
¿Mi delito es vivir? Tú lo quisiste.  
¡Ay! Tú me has dado la existencia triste  
Que me tortura y que me cansa ya,  
Tú que otros seres al placer destinas  
Una corona dísteme de espinas  
Que el corazón despedazando va.

.....  
—  
Si blasfemo ¡perdón! En mi martirio  
El corazón se abrasa, y el delirio  
Trastorna mi cerebro, sí; ¡piedad!  
Soy un amante triste y desolado,  
El astro de mis dichas ha eclipsado  
Con su negro capuz la eternidad.

—  
¡Corred!.....¡oh!.....¡más corred, lágrimas mías  
¡Ya se apagó la antorcha de los días  
De mi nublada y pobre juventud!  
Una mujer, un ángel de consuelo  
Fugaz me apareció.... y eterno duelo  
Dejóme al ocultarla el ataúd.

Miradla inerte.... ¿comprendéis ahora,  
Almas que habéis amado, por qué llora  
Con lágrimas de sangre el corazón?  
¿Sabéis lo que es una mujer querida  
Cuyo amor alimenta nuestra vida?  
¿Sabéis lo que es perderla? ¡Maldición!

—  
Es ¡ay! perder, el que cansado vaga,  
La única linfa que su sed apaga  
Del desierto en el tórrido arenal.  
Es ¡ay! perder el pobre condenado  
Que cruzara este mundo, desdichado,  
La esperanza en la vida celestial.

—  
Esa mujer me amó.... mis años lentos  
De soledad, de hastío, de tormentos,  
Por ella, por su amor sólo olvidé  
Era mi Dios, mi pecho solitario  
Fué de su imagen perennal santuario;  
Como á Dios adoraba, la adoré.

—  
Cambióse el mundo, para mí sombrío,  
Cuando me apareció, bello ángel mío,  
Riente, puro, dulce, encantador,  
Con su mirada lánguida y ardiente,  
Con el pudor divino de su frente  
Y con su seno trémulo de amor.

Azucena purísima y lozana  
Abriéndose al calor de la mañana,  
Al beso del ceñir primaveral.

¡Oh! ¿quién dijera que secar podría  
Aun antes de llegar á medio día  
El sol su cáliz, blando y virginal?

¡Mujer, adiós! ¡pudiera yo animarte  
Con mi ósculo de fuego y contemplarte  
Apasionada y tierna sonreír!

¡Verte, en tu seno derramar mi lloro,  
Y jurarte de nuevo que te adoro,  
Y á tus plantas después, mi bien, morir!

Ángel, adiós. . . . tu alma refulgente  
Brilla á los pies del Dios omnipotente,  
Y amante aún me mira desde allí,  
Cuando el Señor sonría á tus caricias,  
Y te arrebatte en célicas delicias,  
Ángel. . . . mi amor, acuérdate de mí.

Y cuando cruces el azul del cielo,  
Nunca te olvides de inclinar tu vuelo  
A este lóbrego mundo de dolor.

Yo te veré, yo seguiré tus huellas  
Entre el blanco vapor de las estrellas,  
Y de la luna al pálido fulgor.

Yo invocaré tu imagen bienhechora  
Para que me consuele en esa hora  
De silencio solemne y de quietud.

Porque ¡ay! entonces turbarán mi calma  
Las negras tempestades de mi alma,  
Reliquia de mi triste juventud.

Yo escucharé tu voz en la armonía  
De la floresta al despuntar el día,  
De las palmas al lánguido vaivén.

Y en la callada tarde solitaria,  
Cuando murmure triste mi plegaria  
En el Ocaso te veré también.

Del mundo en la borrasca tenebrosa  
Tu sublime mirada esplendorosa  
Será la estrella que me guíe, mi luz,  
Y en mis impías horas de demencia,  
El fuego iré á encender de mi creencia  
De tu sepulcro en la escondida cruz.

¡Adiós, ángel, adiós! en mi tormento  
Mi existencia será sólo un lamento;  
Mas con tu dulce imagen viviré.

¡Adiós, sueños rosados, dulces horas,  
Dulces como el placer y engañadoras!  
¡Adiós, mi amor y mi primera fé!



LIBRO III.

CINERARIAS.

¡Aun vives corazón! vives. . . palpitas. . . !  
¿Qué es esto, corazón?. . . te creí muerto. . .  
¿Por qué tiembles así, por qué te agitas  
En tu sepulcro destrozado y yerto?

¿Acaso una pasión?. . . me da pavor:  
Sí un tiempo resistí sereno y fuerte,  
Me falta ya valor en la tortura,  
Y otro dolor me causará la muerte.